

sus medios fundamentales de vida». Por lo demás, esta preocupación, esta vigilancia apasionada se explica fácilmente por la razón ya expuesta como por el continuo encontrarse a lo largo de su existencia, fatalmente, no para bien de las repúblicas del sur, como es natural que suceda debido a la índole de la economía de éstas.

Debido al carácter de este comentario no podemos extendernos con la amplitud que desearíamos para analizar con la atención que merece este volumen, cuya densidad ideológica es manifiesta y tan preñado de vastas sugerencias de significado general, como de sentido americanista. Pero creemos haber hecho una síntesis, muy incompleta seguramente, de los puntos más esenciales que lo animan. Y a esto era a lo que aspirábamos, en parte.—A. T.



LA IRREVERENCIA HISTÓRICA, por *Sigfrido A. Radaelli* (1).

Este libro justifica su título. Pero no confundamos la recta finalidad de su elección. Aunque el desacato o irreverencia histórica de Radaelli va contra una falsa e ingenua visión de la historia argentina, no es empujado por un propósito de subversión escandalosa, sino por un noble, sencillo y respetuoso afán de esclarecimiento del pasado argentino. «Esta irreverencia con la historia argentina y con los historiadores de su historia—dice en una nota al capítulo *De nuestro falso nacionalismo*—no es, en el fondo, sino una despreocupación por cierto afectado empaque, por ciertas formas absurdas de cortesía, por cierta simulación muy sociable que se acostumbra usar con éstos y con aquélla».

(1) Volumen II de la *Colección Megafano*, edición Tor.—Buenos Aires. 1934.

El volumen está estructurado en dos partes esenciales. En la primera, compuesta de dos ensayos, uno designado con el título del volumen y otro sobre *Los estudios históricos argentinos*, se exponen conceptos fundamentales sobre historia. La segunda parte está formada por cuatro trabajos titulados *La otra vida de Sobremonte*, *Retorno de Rosas*, *Vocación histórica de Mitre* y *Rehabilitación de la Historia de Grosso*.

Todo el libro se halla fielmente subordinado al sistema de ideas del autor. La unidad de pensamiento vincula a los trabajos, no obstante la diversidad de temas. Un mismo miraje histórico, la sujeción a un mismo método, regulan constantemente la exposición del discurso.

* * *

Las ideas centrales de Radaelli deben buscarse en los dos capítulos primeros de *La irreverencia histórica* (*La historia como política* y *De nuestro falso nacionalismo*) y en los ensayos *Los estudios históricos argentinos*, *Vocación histórica de Mitre*, y *Rehabilitación de la Historia de Grosso*.

Al señalar algunos de los referidos pensamientos esenciales, empecemos por decir que Radaelli destaca la importancia actual de la historia. El curso de sus reflexiones nace de una frase de Croce: Toda revisión del pasado supone una correlativa revisión de lo que es actual. Y a esto Radaelli llama «la historia como política». Hacer política es «la auténtica función de la historia», (pág. 14). Adviértase que emplea la palabra *política* en su sentido más digno y racional.

El conocimiento exacto de nuestra historia constituye uno de los ingredientes necesarios en la faena de construir el porvenir de la Nación. Sabiendo francamente lo que hemos sido, comprenderemos más fácilmente nuestro ser actual y aclararemos las posibilidades de nuestro destino. Como los individuos, una nación es un poco el resultado de su voluntad y de su propio devenir:

la voluntad se aplica a encauzar, a dirigir y a crear ese río inagotable, cambiante y eterno de la historia. La historia de un pueblo fluye como un río: con su misma variedad y precisión recorre un fragmento de tierra, va depositando en las orillas el limo de su vida y lo va impregnando de la experiencia que levanta; al final, se deshace—silenciosamente a veces, a veces con fragor—en otro río o en un mar: allí se confunde o muere» (págs. 16 y 17).

El auténtico historiador «reconoce», «interroga» su pueblo, su patria, para hacer su historia (pág. 15). «La patria—dice—es un ser con una fecha más o menos precisa de nacimiento, con infancia, con adolescencia, con madurez y con declinación y muerte. Como en todo ser, en ella puede advertirse ya desde fuera una continuidad; desde dentro, se siente latir la presencia de una vida organizada, con riberas y límites y con expresión personal. Este espectador comprueba, por la historia, cómo este suelo y este pasado sostienen un mismo idéntico país. El le descubre su sentido» (págs. 15 y 16).

Se transparenta aquí la concepción política y dinámica de la historia que levanta el pensamiento de Radaelli. La idea tiene trascendencia: el conocimiento de la historia nacional debe ser uno de los sostenes de la voluntad constructiva de todo hombre con responsabilidad en el destino de un país. Por esto, Radaelli llega a decir, al referirse a la necesidad de historia propia: «...una versión cualquiera, sincera e irremisiblemente parcial de los años que ha vivido un pueblo y de la forma en que los ha empleado; un sentido de la historia como aventura común de un pueblo. Para muchos países preocupados de su autonomía es más importante tener esa historia que tener una bandera o un prócer» (pág. 21).

Mitre tuvo la noción dramática de esa necesidad. Así lo dice Radaelli en el ensayo que le dedica. Mitre comprendió que «su historia—la idea de una historia de los orígenes y formación de su país, que él habrá de estructurar y que se ha convertido ya en un imperativo que no podrá dejar de cumplir—es algo

tan necesario para la unidad de las provincias como son las constituciones y las leyes» (pág. 112). «Mientras se suceden los congresos y las legislaturas, es preciso ir sabiendo qué somos nosotros, qué significa nuestro país, qué seremos mañana. No hemos tenido sino escasos datos, montañas de expedientes, párrafos sueltos e inconexos, un montón de odios, un optimismo presuntuoso del que nunca llegaríamos a desprender, un ancho caudal de desprecio hacia el pasado que apenas podemos presentir» (págs. 112-113).

La versión que tenemos hasta ahora de nuestra historia es inconexa, contradictoria e insuficiente. Es menester revisar los *fallos históricos* que muchos creen definitivos, desmoronar una parte de la historia anteriormente escrita, inmovilizada por un absurdo respeto hacia la forma del pasado, convertida en dogma. Radaelli propone, entonces, como finalidad de la investigación histórica argentina, el examen de las versiones tradicionales, aunque haya que derribar algunos falsos próceres, petrificados en sus estatuas, y reanimar la historia, buscando una visión real, vinculada a nuestro pensar actual.

Pero la revisión no puede llegar a convertirse en destrucción sistemática e injusta de la historia escrita por hombres que realmente significan un valor. Por esto, al juzgar a López, Radaelli dice: «Vicente F. López ha sido en los últimos veinte años muy desacreditado; nosotros pensamos que se le ha rebajado en forma excesiva. Claro que no fué un historiador perfecto ni modelo, pero no bastan una docena de minucias para que cualquier reciénvenido se meta desconsideradamente con él; su nombre siempre será respetado» (pág. 56).

Otra de las ideas fundamentales de este libro se relaciona con la necesidad de una historia social de la Argentina, no sentida por todos los cultores de la materia, que generalmente «siguen viendo batallas y transmisiones de mando». «El aspecto económico es lo que se ha estudiado con más detenimiento, pero siguen con leves rozaduras todos los demás aspectos y problemas

de nosotros como nación, la vida interna, los modos de ser, la vida de las ciudades, que es imprescindible esclarecer» (pág. 61). Al confrontar, en el estudio sobre el libro de Grosso, lo que está en letra grande con lo que está en letra chica, sugiere que hasta ahora se ha escrito la historia en letra grande—los congresos, los héroes, las batallas—y que falta escribir la de letra chica—la social.

Además, nos hace falta una síntesis de la historia argentina, superando las monografías y estudios fragmentarios. Como la de V. F. López, actualizada con el material reciente y con nuevas perspectivas. «Esa síntesis de la historia argentina deberá reflejar la cultura y deberá comprender la historia de todo el interior. Profundidad, para que tenga cabida la parte espiritual y la evolución de las costumbres, y extensión para que represente de veras la vida del país. Deberá llegar también hasta nuestros días. Generalmente, los libros de historia se detienen en el año 80, y aun antes...». «Yo veo en esta omisión un defecto grave: necesitamos urgentemente que nos digan nuestra historia más reciente, porque sobre ella estamos construyendo nosotros nuestra vida, basados en ella estamos definiendo nuestras orientaciones» (pág. 68-69).

* * *

Los cinco ensayos que completan el libro son realmente brillantes.

El titulado *Los estudios históricos argentinos* contiene una síntesis del desarrollo de esta disciplina entre nosotros y juicios ecuanímenes sobre los hombres que a ella se consagraron. Los breves fallos que dedica a Mitre, a Groussac y a Juan Agustín García son estimables por su rica sobriedad y su justiciero y medido elogio. También proporciona un repertorio de normas sobre cómo debe escribirse nuestra historia.

El segundo grupo de trabajos, según advertencia del prólogo, son *interpretaciones*, y en ellas se ve cómo Radaelli aplica a sí mismo las ideas expuestas en la primera parte de su libro.

La otra vida de Sobremonte merece encendida alabanza por la belleza de su expresión y por el justiciero propósito de iluminar y reivindicar, humanamente, a Sobremonte.

El ensayo *Retorno de Rosas* es acreedor a una consideración particular. De todos los trabajos de este libro es el único que puede provocar en el lector una profunda disconformidad con Radaelli. Es un elogio de Rosas, fundado, indudablemente, en razones. No puede, en verdad, negarse el acierto de esta reflexión sobre uno de los efectos de la tiranía unificadora de Rosas: «Veinte años de rigor lograron el orden y la seguridad que él buscaba para este país. Cuando terminó su obra, Rosas pudo desaparecer para entregarlo intacto, constituido ya en unidad nacional, a los que le debían de suceder. De las manos de Rosas—escribió un día el mismo Alberdi—salió «formado el poder, sin el cual es irrealizable la sociedad y la libertad misma imposible» (pág. 102). Pero, cabe esta pregunta esencial: ¿el orden y la unificación del país resultaron de un propósito realmente previsto por el frío e inclemente tirano, pueden estimarse el fruto de un programa genial de gobierno, o fueron, simplemente, una feliz e inesperada consecuencia de su apetito violento y constante de mando?

La Vocación histórica de Mitre constituye un valioso estudio sobre la formación espiritual de nuestro primer historiador.

Encantador, irónico y pleno de sugerencias es la *Rehabilitación de la Historia de Grosso*. Los suaves recuerdos de la infancia escolar se juntan con perspicaces juicios sobre método y crítica históricos.

* * *

La irreverencia histórica es un libro todo él escrito en un estilo digno y claro, que alcanza en muchos momentos una transparente belleza, y mantiene con frecuencia el pulso de la emoción.

Las ideas son movidas con soltura, dando dramatismo y persuasión al lenguaje. Un párrafo comprueba la aseveración:

«Quiero rescatar ahora un fragmento ignorado de una vida llena de peripecias: la del marqués Rafael de Sobremonte en sus últimos años. Fué la suya una vida grande y rica en episodios; sus tiempos al principio fueron serenos y gloriosos, hasta que la historia se le metió en el medio arrolladora, y lo arrastró en su ímpetu: así empezó la parte final de su vida, dura y penosa» (pág. 79).

La forma depurada no oculta de ninguna manera el verdadero fondo científico de la obra, que manifiesta íntegra información, revelada por el señorío sobre los temas y por la presencia de notas esenciales, originalmente dispuestas al fin de cada capítulo, sin referencia de números, en una tentativa de disimular la erudición.

Digamos también que el libro de Radaelli—que es el tercero de su producción—tiene, además, un doble significado, referido a su labor de historiador, por una parte, y a su posición frente a las escuelas históricas, por otra.

Significa un momento importante en el proceso ascensional de Radaelli como estudioso de la historia, comparado con sus trabajos anteriores, caracterizados siempre por una nueva manera de ver nuestra historia. La visión es más amplia, más segura la interpretación de los hechos, más sereno e independiente el movimiento de las ideas, nuevos elementos se incorporan a su concepción histórica—por ejemplo, la idea de lo social—. Quedan así prefiguradas las señales de una fecunda evolución.

En cuanto a la ubicación de *La irreverencia histórica* en la bibliografía argentina con relación a las escuelas históricas, debe considerarse que marca una continuación y a la vez un apartamiento de los rígidos cánones de la «nueva escuela histórica», que se inmovilizó en su posición, inicialmente renovadora de métodos.

Con lo dicho, se ha intentado expresar con simpatía la belleza formal, el contenido científico y el sentido orientador de este libro.—CARLOS MOUCHET.